

LO LLAMAN CRIMEN

CAPÍTULO 1

Nueva York y St. Louis City, 1954

Faltaban unos minutos para que aquel pastor baptista de rostro como embreado, voz de góspel, sonrisa de carnaval y una especie de túnica que le desiluetaba el cuerpo le practicara a Miles Davis un exorcismo (era así, con un exorcismo, como se iniciaban todos sus protocolos de desintoxicación de polidrogodependientes).

Mientras, el trompetista, en los momentos en los que dejaba de azotarle duro el síndrome de abstinencia, intentaba huir de sí mismo leyendo novelas negras baratas recién compradas de William R. Burnett (novelitas *crook story* sobre la maldad y el mundo como las tituladas *Vanity row* y *Romelle*) o fantásticas historias pulp sobre otros mundos (como *La invasión de los ladrones de cuerpos* de Jack Finney). Era pronto. Bajo el cielo del amanecer, que en su entonamiento previo casi aurificaba el área de salida solar, el viento del otoño acercaba a los rostros algunos olores aparentemente planos.

Al mismo tiempo, allá, en el barrio negro de la ciudad de Nueva York, un encorbatado sociópata italoamericano altamente funcional acababa de empapar en gasolina a una corista tan asustada como amordazada. Y ahora le estaba colocando un habano encendido entre sus temblorosos labios. Y le decía así, no sin cierto engolamiento: «¡Fuma, querida, no se te vaya a caer la ceniza!».

Pero todo eso aún no importa a la hora de contar esta endiablada historia sobre Miles.

LO LLAMAN ADICCIÓN

CAPÍTULO 2

Nueva York, 1954

—¡Qué me cuelguen si Miles no se está pasando de la raya!

Aunque había tocado ya con el pionero Charlie Bird Parker (fue en Harlem, barrio neoyorquino al norte de la isla de Manhattan, en clubs casi del tamaño de caja de cerillas y ante entendidos, curiosos, gánsters, soldados de permiso, músicos farsantes con ilimitadas pretensiones y periodistas que hurgaban en el lado oscuro de su vida); aunque había grabado por vez primera con ese saxofonista no poca música tan frenética como virtuosa (ocurrió sólo veintidós semanas después del estallido de las bombas atómicas y la rendición de Japón) y había organizado como líder sus propias formaciones de jazz bebop, y aunque acababa de volver de una exitosa gira por París en la que había intimado con una bella actriz francesa de las de boina y cigarrillo, lo cierto es que cumplir más sueños que años no sólo había acrecentado la aspereza de Miles Davis, sino que, además, le había dejado maltrecho de cuerpo y alma de tanto frecuentar a gente maltrecha de alma y cuerpo... ¡Y de tanto tratar con Bird!

—¡Deja de meterte toda esa mierda, hermano: te estás convirtiendo en un castrado emocional!

—¿Qué dices, Miles? ¿Es que ahora eres un maldito moralista?

—No se trata de eso, Bird, pero si dejas la droga y te centras en tocar, y esto de la música te sale muy bien, vivirán bien tus hijos, y los míos, y hasta los de Freddie.

—Yo no puedo tener hijos.

—¿Qué dices tú ahora? Freddie, déjalo, tío, estoy hablando con Bird, ya me lo contarás cuando sea el momento.

—¿Cuándo te viene bien que te cuente que un traficante cabreado me aplastó las pelotas y ya no puedo tener hijos?

—Demonios, Freddie, ¿es que tú también estás enganchado a esa mierda?

—Tienes razón, Freddie, sí que es un moralista el jodido Miles.

—Bird, ya te lo dije: a este negro lo que le hace falta es meterse un poco de mierda de categoría. Así, cuando hable de estar enganchado, sabrá de lo que habla...

Eran demasiadas sensaciones potentes, muy pocos refugios verdaderamente cálidos, nada de amor. Por eso él, el joven y duro Miles Davis, un trompetista espigado y con modos de dandi cuartelero, un tanto intelectual, experto en infiernos íntimos y, de todos modos, elegante sin esfuerzo, tras cuatro años ya de vivir tanto de las mujeres como de los sufridos amigos para financiar sus caros y sórdidos vicios acababa de huir de las redadas de la brigada de narcóticos y de regresar rendido a la granja de su progenitor (ese cirujano odontólogo de East St. Louis llamado Dr. Miles Dewey Davis) pretendiendo un encierro que derivara en la desintoxicación definitiva.

—Aquí traigo mi enganchado culo ante ti, padre. Mi intención no era robar cien pavos a ese hijo de perra de Freddie Jones, pero tuve que hacerlo para poder llamarte y decirte que sí, demonios, que claro que quiero volver. Sí, padre, ya sé que para ti soy peor que los peores follones raciales callejeros, pero esta vez déjame entrar en casa, por Dios, que estoy mal.

—Sigues siendo igual de malhablado que siempre, hijo. ¿Sabes que para que te ofrezca ayuda has de cuidar tu lenguaje y acatar mis órdenes?

—¡Viejo, ayúdame o no me ayudes pero no me sermonees, que tú no sabes lo que es esto!

—Miles, te has pasado años empecinado en demostrarme lo hombretón que eres, y ahora me estás demostrando que no eres más que un niño. ¿Por qué no dejas de reprocharme todos tus problemas? ¡Es hora de plantarles cara, hijo!

—Vale, maldita sea, está bien.

—Anda, ve a la casa de huéspedes, que allí está Mamie Bessie preparándotelo todo...

Nuestro trompetista, a un tiempo herido de adicción y damnificado por emular en exceso a su maestro Charlie Bird Parker, estaba en verdad tan inserto en su dolor, tan invadido por su dolor, tan lleno, que no advirtió el parejo tormento emocional de su padre. El viejo, en culpabilizado silencio, trataba de hacerse el fuerte y el comprensivo mientras renegaba de la riqueza, de la suerte y de toda fe al tiempo que pensaba que, en efecto, nada hace más cuesta arriba la creencia en un dios de amor en el cielo que contemplar con impotencia el calvario de un hijo propio.

—Es todo por culpa de una pequeña zorra que conocí en una gira que hicimos por Francia, pero se me pasará, padre, demonios, te aseguro que se me pasará.

—¿Que se te pasará? ¿Acabas de decirme lo mismo de siempre?

El trompetista se alojó en la casa de huéspedes anexa a la granja —un edificio de aspecto marcado y misterioso que solía estar vacío— con sus discos, novelas, recuerdos, temblores y entresudores a cuestras.

No muy lejos los caballos en hora de pasto parecían haber inventado la indiferencia.

—Sé que no parezco un puto hombre sensato, pero lo soy. Y sé que hace tiempo que te han dejado de importar

mis trifulcas. Es normal, con todo lo que te he hecho y me he hecho. Pero créeme cuando te digo que voy a encerrarme aquí así, con toda mi pinta de bastardo, para comerme toda mi mierda y mi dolor hasta estar limpio. Y bueno, ya me han comentado que crees que no le caigo bien a Dios y que no podré con el peso de mi condenada vida, pero voy a poder, ya lo creo que sí. Y voy a poner aquí, en tu casa, la primera piedra. Así que pase lo que pase entre estas cuatro paredes, y escuches lo que escuches o creas escuchar, no debes entrar por nada del mundo si no quieres echarlo todo por la borda y hacerme volver a empezar desde el maldito principio.

Su progenitor, que ante Miles intentaba no exudar rencor o amargura sino firmeza y autoridad moral, cerró la puerta por fuera (se preparaba así en silencio para uno de esos dolores que duelen más que los propios).

—Eh, viejo, te digo que he venido a limpiarme solo de toda la mierda que llevo dentro para no acabar más muerto que el pollo frito, y me importa un carajo si Bird o todos los negros juntos del jodido Nueva York me creen o no. Yo sólo quiero que me creas tú...

Al poco, en el interior de una sala de estar dominada por las sombras, el trompetista gritaba, sudaba, lloraba, maldecía, hacia acopio de sensaciones cada vez más perturbadoras, escuchaba por la radio los combates del peso wélter Sugar Ray dando a la vez enloquecidos puñetazos a la pared y apenas comía. Apenas vivía. Pero, transgrediendo la aparente indiferencia, ese padre con aspecto de vendedor de biblias se acercaba en secreto, de vez en vez, hasta la casa para, pegando un oído a la puerta, empaparse del

terror, la claustrofobia, la desesperanza y los gritos de su hijo. Entre la enfebrecida música de jazz bebop repleta de laberintos armónicos y tensiones complejas de los discos de Charlie Parker que escupía allí dentro el tocadiscos, el trompetista, en los momentos menos violentos del síndrome de abstinencia, discutía consigo mismo con voz tan cavernosa que hasta su personalidad parecía ajena.

—Sí, negro, la gente ve una mierda brillante y cree que es oro, pero yo no me engaño: me estoy muriendo, seguro que me estoy muriendo, pero hay cosas peores, ahhhhh...